

El grito de la abogada de los ‘tsimanes’ desde la selva boliviana

LA HERMANA GLADIS ENCARA LAS INJUSTICIAS CONTRA LOS PUEBLOS ORIGINARIOS CON LA PODEROSA ARMA DEL EVANGELIO

ÁNGEL ALBERTO MORILLO

“Joshropaij CELAM mu’ dye ra’ Jen ñibe’jinak”. Es el saludo en lengua tsimane que **Gladis Montesinos**, una religiosa carmelita misionera, encarnada en la Amazonía boliviana, dedica al Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) para agradecer y bendecir la oportunidad de poder recoger su testimonio en El Palmar, una zona del departamento de Beni (Bolivia), que ella misma ha bautizado como su paraíso terrenal, porque “me deleita con sus paisajes, hermosura de su cielo y un verde que refleja la vida abundante”. No obstante, en medio de esta beldad selvática también se esconde “el crimen y la injusticia” contra los pueblos originarios.

Como cuenta de rosario –en misterio doloroso–, la hermana Gladis hace un inventario de cada uno de los flagelos que ha debido enfrentar para proteger la vida de las comunidades originarias: “Indígenas en completo abandono, sin carné de identidad, alejados y distantes; sus bosques deforestados, casas quemadas, asesinatos impunes, territorios avasallados, mujeres abusadas sexualmente, sin agua, sin acceso a la educación, a la salud, sin justicia”. Por ello, considera que estas comunidades están al borde de un etnocidio y la mejor forma de encarar estos ‘demonios’ es el Evangelio, porque “este no puede estar fuera de la vida de las personas y, por ende, los derechos humanos son la columna vertebral del Evangelio”.

Desde entonces, la religiosa, oriunda del Perú, ha asumido la defensa de los derechos de los tsimanes “completamente vulnerados”, incluso “estoy intentando aprender su idioma, porque creo que es una necesidad vital para poder escuchar sus necesidades su vida, sus sueños y esperanzas”. Recuerda que una de sus hermanas de comunidad a guisa profética le dijo: “Gladis, parece que es voluntad de Dios tu deseo de compartir plenamente la vida de los pequeños del Reino” y, en efecto, “cómo no voy a estar feliz y agradecida, no tengo palabras, solo mi vida para darla y compartirla”.

Durante la pandemia, la Amazonía sufrió los peores coletazos, llegando a más de 100.000 fallecidos, con las secuelas sociales que aún siguen doliendo como tizones ardientes, por lo que, en 2020, Gladis y un grupo de líderes tsi-

manes presentaron un informe ante el Comité para la Eliminación de la Discriminación Racial (CERD) de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) con el que quisieron llevar las voces de “nuestros hermanos a diversos escenarios donde puedan ser escuchados y conocidos, que se sepa de su existencia en el país y su valor como pueblos indígenas”.

Para la abogada *de facto* a los ojos de Dios, su lucha está avallada en “la esperanza de que algún día habrá justicia” desde un grito en solitario que “clama por el buen vivir”. Por lo pronto, “aún cuando estamos dando pasos como Iglesia, hace falta más, necesitamos arriesgarnos con audacia a los nuevos caminos que nos plantea el Espíritu, no desde nuestra comprensión racional, sino obrando con el corazón. La vida de muchos esta en juego”. ●

